

A los 50 años del comienzo del Vaticano II, Juan XXIII, el Papa del Concilio

Parte I

José Antonio Almeida



El 11 de octubre de 1962 dio inicio en Roma el concilio Vaticano II. Ha sido el acontecimiento más importante de la Iglesia católica en los últimos siglos, y por ello vamos a recordar en esta Carta a las Iglesias. Lo haremos publicando breves textos, editados para su mejor comprensión con gran libertad, tomados de un artículo de José Antonio Almeida, “Juan XXIII, el Papa del Concilio”, que ha sido publicado íntegramente en la Revista Latinoamericana de Teología No. 85, Enero-Abril, 2012, pp. 9-36.

Comenzamos con el recuerdo de Juan XXII, el papa que, sin que nadie lo esperase, convocó el concilio. Y con mucha franqueza explicó por qué lo había hecho: “la Iglesia necesita aire fresco”. Para los que vivimos en América Latina es bueno recordar que el concilio Vaticano II hizo posible la reunión de obispos de Medellín. Y que grandes líderes de la Iglesia, entre nosotros Monseñor Romero e Ignacio Ellacuría, lo recibieron con agrado y lo pusieron a producir.

1. Juan XXIII anuncia un concilio

Era la tarde del día 25 de enero de 1959, fiesta de la Conversión de San Pablo. Juan XXIII se encontraba en Roma en la iglesia de la abadía de “San Pablo extra muros”. Al terminar la misa con la que concluía la 51ª Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos, ante un pequeño grupo de cardenales –17 en total– el papa, consciente de ser “obispo de la diócesis de Roma y pastor de la Iglesia universal”, trazó un breve cuadro de la situación de Roma y del mundo, y concluyó con estas palabras:

“Al ver esta situación se despierta en el corazón una firme resolución de volver a algunas formas antiguas de doctrina y de sabios ordenamientos de disciplina eclesiástica, que en la historia de la Iglesia en época de renovación dieron frutos extraordinarios para tener claridad de ideas, solidez de unidad religiosa y una llama más viva del fervor cristiano”.

¿Cuáles podían ser esas formas antiguas que “en la historia de la Iglesia, en época de renovación”, dieron frutos tan formidables? Con excepción del cardenal Tardini, secretario de Estado, a quien pocos días antes el papa había confiado su decisión, ninguno de los presentes podía sospechar lo que Juan XXIII tenía en mente: “Pronunciamos ante ustedes, temblando con emoción, pero al mismo tiempo con humilde firmeza, el nombre y la propuesta de la doble celebración: **un sínodo diocesano para la ciudad de Roma y un concilio general para la Iglesia universal**”.

Al comenzar su intervención el papa había dicho que “la fiesta de la conversión de San Pablo nos sugirió comunicarles a ustedes algunos puntos que se me han ido ocurriendo en estos tres meses de actividad, presencia y contacto con el ambiente eclesial con el deseo de que el nuevo pontificado responda clara y definitivamente a las exigencias espirituales de la hora presente”.

No mucho después, en 1961, el papa dirá con mayor claridad. “El concilio pretende construir un edificio nuevo sobre los fundamentos de la larga historia de la Iglesia, dilatar la caridad ante las necesidades de los pueblos y proponer el mensaje de Cristo de manera clara”.

Lo que hizo madurar en Juan XXIII la idea de celebrar un concilio fue el profundo conocimiento de los acontecimientos eclesiales, especialmente en períodos cruciales de transformaciones y evolución al interior de la Iglesia. También la conciencia, bien fundamentada teológicamente en la lectura de los Padres de la Iglesia, la corresponsabilidad colegial en el gobierno de todo el episcopado y, también de alguna manera, de todo el pueblo de Dios, la fe cierta y radical en la asistencia del Espíritu Santo a su Iglesia, particularmente en los momentos de crisis pastorales graves. Un concilio sobre estas bases debería ser la respuesta colegial más válida a lo que esperan la Iglesia y el mundo.

Este anuncio de un concilio ecuménico tomó a todos por sorpresa. Juan XXIII era un “papa de transición” y casi octogenario. Pero estaba convencido de su necesidad. También era consciente de las prerrogativas del primado y de la naturaleza excepcional de su propuesta. Y la decisión que tomó era definitiva.

2. Las primeras reacciones

“Humanamente” –dirá el papa el 8 de mayo de 1962– “podría pensarse que los cardenales, tras haber escuchado la alocución, se arremolinarían a nuestro alrededor, mostrando aprobación y deseándonos fortuna”. Pero sucedió todo lo contrario. Hubo un silencio

impresionante y reverencial. Solo en los días siguientes pudimos entender, añadió el papa, lo que había ocurrido cuando nos hablaban en privado los cardenales que estuvieron presentes en la audiencia. Nos dijeron, ‘la conmoción había sido tan intensa y el gozo tan profundo, que no encontrábamos palabras adecuadas para expresar el júbilo y la obediencia total’”.

Pero no se hicieron esperar otras reacciones. El cardenal Spellman de Nueva York hizo responsable a personas poco inteligentes de lo que había hecho un papa ingenuo y manipulable. “No creo que el papa pretendiese convocar un concilio, a no ser que haya sido forzado por personas que interpretaron mal sus palabras”.

El cardenal Lercaro, arzobispo de Bolonia, que iba a ser uno de los líderes de la mayoría conciliar y pieza clave en la conducción de los debates sobre la reforma litúrgica y sobre los pobres, tampoco ocultó su sorpresa:

“¿Cómo puede el papa tener la audacia de convocar un concilio, 100 años después del Vaticano I y a solo tres meses de su elección? El papa Juan es precipitado y compulsivo. Su inexperiencia y su falta de conocimientos lo llevan a dar este paso, esta paradoja. Sin duda, un acontecimiento como este arruinará su ya frágil salud y hará que se derrumbe el edificio de su presunta virtud moral y teológica”.

Ni siquiera el cardenal Batista Montini, el futuro Pablo VI, arzobispo de Milán, amigo de muchísimos años de Juan XXIII y quien llevará a término el concilio en el siguiente pontificado, tuvo una reacción serena. Al enterarse de la noticia, a la noche llamó a su viejo amigo y confidente, el P. Julio Bevilacqua, futuro cardenal. “Este viejo, santo e infantil, parece no entender en qué avispero nos está metiendo”. Bevilacqua respondió sabiamente: “No se preocupe, padre Batista, déjelo estar. El Espíritu todavía está despierto en la Iglesia”.

A un miembro de la curia, quien semanas después recordó a Juan XXIII que preparar el concilio Vaticano I había llevado seis años, y que por lo tanto sería imposible pensar en un concilio antes de 1963, el papa le respondió con su acostumbrado buen humor: “¡Excelente! ¡Entonces, comenzaremos el concilio en 1962, un año antes!”.

Al principio de los años sesenta aumentaron las críticas a la convocatoria del concilio y a lo que serían sus resultados. Dieron la vuelta al mundo las agrias palabras del cardenal Siri, uno de los mayores exponentes del

conservadurismo católico. “La Iglesia necesitará 50 años para recuperarse de los caminos equivocados por los que está transitando Juan XXIII”.

Hasta aquí las reacciones de algunos cardenales importantes. La reacción entre los obispos fue lenta. La mayoría de ellos estaban demasiado integrados en el sistema eclesiástico, que estaba vigente desde hacía siglos y que había sido reforzado después del Vaticano I durante el pontificado de Pio XII. Les costaba darse cuenta de la magnitud y relevancia de lo que el papa estaba proponiendo. El centralismo romano y la idea de la infalibilidad del papa llevaron quizás a que muchos obispos pensarán que, tras el concilio de Pio IX, el Vaticano I de 1870, bastaría con leer los periódicos durante el desayuno para saber lo que quería el papa y para llevarlo fielmente a la práctica. En 1869, Joseph Maistre (1753-1821) escribió lo siguiente “¿Para qué necesitamos un concilio, si es suficiente una cartelera de avisos?”.

En las semanas siguientes, la reacción de los cardenales que estuvieron presentes en el anuncio del concilio, también la de otros cardenales y la del *Osservatore Romano*, periódico oficial del Vaticano, mostró lo que iba a ser característico de todo el pontificado de Juan XXIII. Así lo explica un historiador de la Iglesia.

“La sordera de algunos sectores de la estructura de la Iglesia universal no era nada nuevo tras la importancia que el Vaticano I concedió al papa, y con la estrecha unidad que existía entre la curia romana y el papa. Por su parte, Juan XXIII no era un novato en tener dificultades con la curia romana, tras treinta años en el servicio diplomático de la Santa Sede. Pero sí le sorprendió y le molestó esa actitud pues ahora él desempeñaba un servicio importante, el servicio papal. Y además Juan XXIII no pensaba desistir”.

Diferente fue la reacción de personas y grupos de la Iglesia católica, que estaban activos desde hacía décadas en movimientos de renovación social, laical, litúrgica, patrística, bíblica, misionera y ecuménica. Juan XXIII los conocía desde los comienzos de su ministerio sacerdotal junto al obispo de Bérgamo, Giacomo Radini Tedeschi, líder del movimiento católico italiano. En esos círculos la decisión del papa fue vista con gran simpatía, y muy pronto vieron en ella la oportunidad de tener una respuesta institucional a sus problemas y un impulso decisivo a sus ideales. Los ambientes teológicos propiamente dichos, “que percibieron más rápidamente la novedad del pontificado y del anuncio, se pusieron a

ordenar las ideas, sin acabar de creer que, efectivamente, se habían abierto espacios de renovación”.

En el movimiento ecuménico el impacto fue inmediato. “Que el papa tras más de un siglo de hostilidad hacia el movimiento ecuménico, fuera a tomar la iniciativa de la unión de las iglesias cristianas y a concebir el proceso en términos de “cooperación” con el deseo de un “único rebaño”, no de un “único redil”, y no ya en términos de “regresar a la verdadera iglesia”, fue algo tan inesperado, y prácticamente inverosímil, que llegó a despertar reacciones disparatadas y a exigir repensar toda la estrategia ecuménica”.

Pero evidentemente no todo fueron flores. Algunos temían que la iniciativa del papa pudiera esconder intenciones de dominio y que otros cristianos quedaran absorbidos por la Iglesia romana.

Finalmente fue sorprendente que, en una sociedad cada vez más secularizada en términos políticos y culturales, el anuncio de un “concilio” haya despertado tanta atención, interés y hasta expectativas. Aunque no entendiese bien de lo que se trataba, el gran público “había captado instintivamente, en la iniciativa del anciano pontífice, un hecho lleno de significado. Había visto un signo de esperanza, de confianza en el futuro, de renovación. Además, se pudo percibir una sociedad, una voluntad, quizá ingenua pero auténtica, de involucrarse en lo que estaba sucediendo, y con la sensación de que las personas de la sociedad serían acogidas. Prácticamente sin ninguna mediación, la iniciativa del papa llegaba a millones de mujeres y hombres, y les convencía de su alcance liberador e innovador”.

Tampoco la política ni las ideologías quedaron al margen. Apreciaron bien lo que significaba el anuncio de Juan XXIII de un nuevo concilio. Las reacciones provenían de un político católico, como Giorgio La Pira, futuro prefecto de Florencia, o de los más altos dirigentes soviéticos en Moscú.

Continuará.

